

Documento del Movimiento de Sacerdotes
para el Tercer Mundo, frente al gobierno de
Juan Carlos Onganía

Noviembre de 1969

Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo

Fuente: Roberto Baschetti (rec.), Documentos de la resistencia peronista 1955-1970, Buenos Aires, Punto Sur Editores, 1988.

El general J.C. Onganía, en su "carácter de Presidente de la Nación", ha convocado al pueblo argentino al acto religioso de "consagrar en forma pública y solemne a la Argentina al Inmaculado Corazón de María" (mensaje radiotelevisado del 12 de noviembre de 1969).

El desconcierto, el estupor, la indignación ante semejante invitación hace estallar nuestra conciencia cristiana, de modo que no podemos callar y obedecer dejándonos arriar hacia cualquier capricho, como un silencioso rebaño de ovejas dominadas por muchos y no conducidas por nadie.

Algo se revela en nuestro corazón y queremos expresar públicamente las razones cristianas de nuestra rebeldía. Tanto más cuanto que es a nuestra conciencia cristiana a la que apela el señor presidente para lanzarnos a este imprevisto acto religioso. Ahora bien, nuestra conciencia, tan cristiana como la de aquellos que han recibido con júbilo y felicitaciones esa invitación, rehúsa tal convocatoria.

1) El señor presidente nos pinta en su mensaje la situación del país con colores bastante sombríos. "Se advierten", dice, "síntomas de inusitada gravedad"; "los éxitos materiales", añade, "se constituyen a veces en factores de división". No obstante el modo discreto con que está dicho, nos resulta clara la sugerencia de que la división que establece entre "la fuerza de los poderosos y la impaciencia y angustia de los humildes". Nos recuerda también que hoy día nos afligen por igual "la violencia, la miseria y la incompreensión".

Todo está dicho en un tono que parece rayar en la desesperación que no encuentra salida: "La incertidumbre del futuro nos condena a un presente de sobresaltos e inseguridad en el cual los hombres se debaten en estériles esfuerzos por hallar remedio a su ansiedad, olvidando que nada es posible, sin el consuelo y la presencia de Dios. Pareciera decirnos que, resultando estériles los esfuerzos humanos, ya no hay salida, y que no queda otro recurso que recurrir a Dios, como a un médico, que deshauciando al enfermo, nos lanzara la fórmula fatal de que la ciencia ya nada puede hacer y que no queda otra cosa sino pedir el milagro de la curación del moribundo".

Pero una política no se hace con milagros. El general J.C. Onganía en su "carácter de presidente" es un político. De un político el pueblo espera otra cosa, no que se le diga que el país se hunde y que no queda otra salida más que rezar. Si el país amenaza hundirse, el hombre político ha de atacar las causas y tratar de sacarlo adelante con medios políticos, acometiendo la empresa humana de conducir un pueblo que quiere conducirse él mismo y

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

sin desplazar los problemas a una trascendencia aérea ni evadiéndose en una espiritualidad que, falta de realismo, resulta vacía e inconsistente.

Sería muy cómodo que, en el momento en que nuestra empresa política da muestras de sus fallas y entra en un callejón sin salida, recurriéramos a la Divina Providencia para que ella, haciendo caso omiso de nuestros errores e inadvertencias, interviniera de una manera divinamente paternalista.

Nuestra situación se debe a nosotros mismos, que nos hemos de distribuir la responsabilidad común sin cargar culpas sobre chivos emisarios o sobre Dios. No pidamos, pues, que Dios intervenga cuando es Él quien espera que nosotros asumamos nuestra propia responsabilidad.

Los argentinos venimos esperando ya desde hace tiempo que los conductores de turno de este país nos propongan objetivos inscriptos en nuestra conciencia nacional e histórica. Cuando en cambio de ellos se nos habla retóricamente de la Virgen guardiana, de sus santuarios esparcidos por el continente, de la Cruz que señorea las playas, de la Virgen generala de las armas, de los colores del manto de María que hacen juego con los colores de nuestra bandera, entonces pensamos que se escamotea la responsabilidad de presentarnos un proyecto político nacional serio y que en cambio de eso se nos quiere refugiar en un pasado de ensueño o en símbolos religiosos que son -esto es lo peor- despojados de su exigencia y de su dureza. Pensamos que ni la Cruz, ni María son tópicos para hacer retórica, sino premisas de vida para sacar de ellas conclusiones hirientes.

Todo lo más concreto que se nos ha enunciado a los argentinos ha sido un vago objetivo de modernización y de estabilidad económica. ¿Es esto todo lo que surge de la conciencia nacional? Parece que no, cuando el mismo señor presidente indica que no son suficientes las "realizaciones materiales" y que los "éxitos materiales que implican las conquistas técnicas y científicas se constituyen, a veces, en factores de división", esto es, a nuestro juicio, de opresión.

¿Nos dicen algo otros slogans propuestos como ideales -solidaridad, participación, unidad, comunidad- cuando con ellos estamos en el reino de las lindas palabras, aptas por sí solas, para soñar románticamente pero no para realizar una política?

Pensamos que hay que atenerse a las reglas del juego. En política, por consiguiente, hay que jugar con medios políticos. Y, que un hombre político, pasando por alto su propio cometido, decrete o invite a actos religiosos, no parece ser admitido por el reglamento. A no ser que se trate de un viejo reglamento sobre el juego de relaciones entre Iglesia y Estado, que

entonces, si al menos sospechamos lo profundo del cambio operado por Vaticano II ha de ser revisado.

2) Esta invitación tiene, desde luego, una intención política. Nos admiraría que el Sr. Presidente decidiera la realización de un acto, aun religioso, que no se inscribiera en una tal intención. Pero, ¿cuál es esa intención? ¿Se trata simplemente de hallar en la Divina Providencia y en Nuestra Señora "la inspiración para realizar el bien común"? ¿O, se trata, más bien, en un momento en que el gobierno no encuentra apoyo en ninguna parte a no ser en sectores de poder interesados, de querer hacer aparecer al pueblo y a la iglesia en unión con el gobierno y como avalando una política que en realidad no avalan? Todavía resuena con molestia en nuestros oídos la voz del Ministro del Interior, quien, en el mes de junio, más que solicitar pareció imperar a la Iglesia a que apoyara al gobierno, "en forma total, sin deserciones".

Esto indudablemente nos ha herido; esta pretensión, camuflada en un acto religioso, de mostrar una unión que no existe; esta instrumentación que se pretende hacer de los sentimientos religiosos de nuestro pueblo y de uno de los sentimientos más hondos de la iglesia, su devoción mariana, en pro de una política con la que ni el pueblo ni la Iglesia han mostrado su acuerdo. Por el contrario, han demostrado su desacuerdo si nos atenemos, por una parte, a un conjunto de episodios populares acontecidos en el país y, por otra, a lo dicho por varios obispos que, a lo largo del presente año, han venido denunciando una situación de injusticia estructural, rechazando así las bases de la actual política.

Es preferible la represión, que también está en el estilo del gobierno, a esta otra acritud de galantería interesada; ya que no hay peor sutileza del poder que la que instrumenta, al servicio del mismo poder, los más nobles ideales de su pueblo, como ser su ideal religioso y su ideal de mujer. Ambos ideales están encarnados en María, prototipo de la mujer y del creyente. De ambos quiere valerse, al parecer, nuestro actual gobierno. Esperamos que el pueblo no acuda a la cita.

Nosotros, cristianos, no quisiéramos ver renovarse formas de antigua "cristiandad". Por eso desconfiamos de las alianzas entre el trono y el altar, entre la cruz y la espada. Esperamos que tampoco nuestros obispos acudan a la cita; no deseamos verles en lo que constituiría un símbolo de tales alianzas y un hábil instrumento de una inauténtica intención política.

3) Todo acto religioso es manifestación externa de algo que realmente llevamos en el corazón. ¿Qué es lo que llevamos dentro, los argentinos, y somos invitados a expresar en un acto de "consagración"?

Consagramos lo que poseemos, lo que somos o lo que, en un acto de compromiso, queremos ser en adelante. Consagramos una conducta que ya poseemos o que pretendemos adoptar.

Pero, ¿qué es lo que poseemos para consagrar? ¿La despoblación de nuestras tierras debida a la ineficacia de los responsables? ¿Las tierras que pocas familias mantienen por lo general improductivas y mal explotadas? ¿La desocupación y los bajos salarios? ¿El estado nacional de injusticia? ¿La situación neocolonial que se nos quiere imponer? ¿La prepotencia de los que mandan? ¿La voluntad de los ricos de seguir poseyendo más riquezas mediante la des-posesión de los que tienen poco? ¿La violencia que ejerce el poder sobre la "impaciencia y angustia de los humildes"? ¿El estado de minoría de edad en que se quiere retener al pueblo? ¿"La ambición desmedida, la intolerancia y la fuerza de los poderosos" de que nos habla el Sr. Presidente?

Nuestra conciencia cristiana, educada en la Biblia, nos dice que Dios rehúsa nuestros actos religiosos si no están precedidos y acompañados de una realización de la justicia y de la fraternidad. Se nos ha enseñado que la verdadera religión consiste en proteger a los desvalidos, en liberar a los oprimidos, en asistir a los hambrientos. También aprendimos que hemos de irnos a reconciliar efectivamente con nuestros hermanos, ofendidos y humillados por nuestra injusticia y falta de amor, antes de acercarnos al altar para ofrecer nuestras ofrendas, precisamente porque nuestras ofrendas han de ser el amor y la justicia. Hemos aprendido que si todo esto no se da al menos como propósito serio y puesto en marcha, todo nuestro culto es aborrecido por Dios, por resultar fingido y apto solamente para tranquilizar conciencias irresponsables o para adormecer justas rebeldías y anhelos de un pueblo al que no tenemos derecho de engañar.

Y, sin embargo, el pueblo argentino tendría algo muy importante para llevar a un acto de consagración: su primer intento de liberación en tiempos de la colonia y, hoy día, su anhelo por ser más libres, verdaderamente libres, a través de la ruptura de una dependencia neocolonial en la que nos quieren seguir manteniendo los grandes imperios económicos y culturales. Un compromiso que adquiere contornos de lucha inevitablemente, pues hay quienes no quieren que seamos libres.

No sabemos si el Sr. Presidente querrá recoger, para ser consagrado, este anhelo y compromiso de liberación que tiene el pueblo. Sus palabras no lo dicen y, cuando nos habla de "revolución" entendemos, si nos atenemos a los hechos, que sólo se trata de la parodia de algo profundamente anhelado por el pueblo. Si se lo convocara para una verdadera revolución, entonces el

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

pueblo estaría presente; o mejor, quienes hicieran tal convocación estarían presentes entre su pueblo.

No bastará, evidentemente, recoger sólo verbalmente un compromiso de esta índole. Será necesario poner en marcha el programa, políticamente eficaz, de un proyecto liberador. Esto es inevitable en un momento en que los cristianos tomamos conciencia profunda de que el mensaje evangélico de liberación pasa también por la dimensión socio-política de la historia humana; es inevitable si se quiere implorar la ayuda de María, cuyo himno evangélico ha ensalzado la grandeza de un Dios que, derrotando a los poderosos, enaltece a los humildes.

Poner en marcha semejante proyecto liberador es de suma urgencia: "Sólo una acción urgente, expeditiva, inteligente y desinteresada puede salvar lo insalvable" (Obispo Nevares).

La invitación religiosa que se nos dirige no toma este rumbo.

Va por otro camino, cuando busca ahogar "la impaciencia y angustia de los humildes", cuya justa oposición a la fuerza de los poderosos quiere ser reducida a la armonía de una falsa paz y de una fingida unidad nacional, que además se pretende sean ratificadas y sancionadas bajo el manto protector de la Divina Providencia.

Esperamos que el pueblo no acuda a una cita en que lo religioso amenaza ser usado como estupefaciente de las inquietudes del mismo pueblo.

Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo